

COGIDA GRAVE, POR E. SÁNCHEZ SOLÁ.



Hoy no tengo asunto para la crónica.

Es decir, asuntos no faltan; pero como aun tratándose de nuestra fiesta, pudiera escurrírseme la pluma y caer ésta bajo el filo del sable, lo cual, ni á mí ni á SOL Y SOMBRA nos haría maldita la gracia, dejo esos asuntos, como el cosechero de marras, para mejor ocasión.

Y acudo á la Historia, lo cual es muy socorrido en casos como el presente.

¿Qué hubo de notable por estos días que ofrezca interés á los aficionados á lo antiguo?

Pues hubo las notabilísimas fiestas que en toda España se hicieron para solemnizar el natalicio del Príncipe D. Felipe Próspero.

Cuando este Próspero (que no prosperó) vino al mundo en 1661, era el peor mes del año (Noviembre) para regocijos; y aunque algunos se hicieron por contentar á la gente, los principales se dejaron para el mes de Febrero.

Hace, pues, ahora doscientos cuarenta años, España y sus virreinos estaban en perpetuo jolgorio; grandes y chicos, nobles y plebeyos, clérigos y seglares se divertían de lo lindo, bendiciendo al cielo que les procuraba tales príncipes, y con ellos tantas fiestas.

Vaya la descripción de algunas como muestra, y perdonen, por hoy, los que esperasen hallar en mi crónica asuntos más *coetáneos*.

En Alcalá de Henares hubo un certamen literario, grado de doctor, lujosas procesiones, justas, gran corrida de toros y mojiganga de los barberos.

En Ceuta (y aquí no esperaron á que cediese el frío) salió «una encamisada con trajes á la morisca y á la española, presidida por el gobernador; una máscara á lo gracioso, por las calles, con danzas y saraos, cantando, al son de instrumentos, *endechas y graves tonos*, y una mojiganga á la orden de la cofradía de San Nicolás, con más de 40 estudiantes con figuras ridículas, tañendo vihuelas, machetes, sonajas, pitos de agua, tambores y almireces».

Además de los juegos de cañas, de sortija, etc., hubo «Máscara á caballo, donde figuraban las Virtudes, San Miguel, un obispo, cardenales y clérigos, y gran número de disfrazados, rematando con un carro triunfal».

Terminó todo con la representación de una comedia.

Gibraltar no se contentó con menos de 40 toros, que se lidiaron entre la mañana y la tarde del 12 de Febrero.

Los granadinos «continuaron las fiestas por espacio de ocho meses» (desde Noviembre á Julio).

A costa del Marqués de Leganés se dió una corrida de toros en que rejoneó solo y durante la tarde D. Diego de Avalos.

Luego se verificaron tres corridas más.

No faltó cronista que las *pintara*, jaleando al pagano Marqués, de quien escribe:

«Sobre un cavallo andaluz
cuya oprimida souervia
se despicaua á puñadas
de la opresión de la rienda
Iva el marqués tan vizarro
que más de alguna velleza
se que fue de su buen ayre
ynquietísima veleta.»

En Salamanca «comenzaron los regocijos el 4 de Diciembre, habiéndose dejado los principales (como en la mayor parte de las poblaciones) para Febrero siguiente.

«En la mañana de los terceros toros (27 Febrero), que era la corrida de los estudiantes andaluces, extremeños y manchegos, se dijeron 300 misas á las ánimas para que hiciese buen tiempo; y por la tarde, antes de la función, se entretuvo el pueblo con un *pino alto, liso y descortezado*, que se plantó en el centro de la plaza, en cuyo delgado remate se veía una fuente de plata, medias de seda, bandas y otras curiosidades, premio á la agilidad, pero que aquella tarde no logró alcanzar el atrevimiento de los villanos.»

Fregenal celebró la cosa con fuegos, máscaras, bailes, representaciones, y sobre todo, «toros de cuerda».

En una de las principales ciudades andaluzas se hizo un brillante juego de cañas, alternando con las corridas en la plaza de Bibarrambla.

«Los toros del segundo día—refiere Alenda, de quien son todos estos datos—fueron más bien, á lo que parece, dispuestos para diversión exclusiva del pueblo, toda vez que hubo torillos de cuerda, revolcones, tablados por el suelo y hasta negrilla que

«Desempeñó sus baldones
con el torillo inhumano,
llevando por más blasones
una mano en los calzones
y el alfanje en la otra mano.»

»No faltaron tampoco rejones, dispuestos con tal artificio, que, al clavarse en los bichos, esparcían diversos cohetes; sucediendo lo mismo con las figuras colocadas por el suelo, que despedían fuego cuando aquéllos las herían. La corrida del día tercero fué tan solemne como la del primero, luciendo en ella los caballeros granadinos su aliento y habilidad. Esta tarde asistió á la plaza el Tribunal de la Fé. A más de lo dicho, hubo lanzada de á caballo y suiza, compuesta de tres mozos armados de chuzos, y que si al estar muy unidos y embestir el toro lograban matarlo, la ciudad se lo regalaba.»

Huesca, á pesar del «rigor de las nieves y fríos que nos aflige» (según frase del cronista), solemnizó el natalicio con luminarias, fuegos, simulacros militares, arcos «con empresas, geroglíficos y adornos», banquetes públicos y corridas de toros.

En Nápoles el *relacionista* se entusiasma con la venida al mundo de aquel real vástago, y después de preguntar «qué nueva Luz es la que se descubre, cuyos rayos, á imitación de los del Sol, resplandecen en las quatro partes del Orbe». . . nos describe las fiestas, que consistieron «en iluminaciones, fuegos artificiales, mascaradas, *comedia cantada*, saraos, juego de sortija y alcancía y lidias de toros. De éstos, unos fueron rejoneados, otros muertos con lanza, otro fué recibido *por una suiza de doce hombres con orquillas, pensando poderlo levantar del suelo; pero su valentía no se contentó con que no consiguiesen su intento, sino que puso por tierra á todos los que lo procuraban, desbaratándolos*. Concluyeron las fiestas con una *máscara cantada* y una danza en la sala Real».

En Zaragoza lo principal fué un torneo grandioso, el cual arranca al vate que lo describe estos versos:

«Aquel torneo que el clarín ruidoso
de la Fama publica sin segundo,
admirado en el mundo,
con razón embidioso,
pues es indulto solo á Nación nuestra
blandir el Fresno en la Marcial Palestra.»

Y *rien ne va plus*, como dicen en la vecina República.

O «no va más», como se oye en esas *mezquitas* donde muchos imbéciles hacen ricos á unos cuantos vividores.

Digo, sí va más: va el de cir que en puridad de rigor (frase moretista), yo no debiera suscribir esta crónica, porque me limito en ella á mal zurcir unas cuantas noticias.

Pero en fin, una vez hecha esta declaración y siguiendo la costumbre, la firmo.

PASCUAL MILLÁN.



Respecto á los lidiadores árabes, hay tantas opiniones como cronistas. De modo que si quisiéramos saber algo concreto, perderíamos el viaje. Para unos, no cabe duda que en Granada celebraron los moros grandes corridas; para otros, ni las hubo grandes ni pequeñas.

De todos modos, los nombres de Malique-Alaver, Muza y Gazul, son los que más figuran en los escritos de aquellos que votan con los árabes toreadores.

Abenamar, dice:

«Hubo muchos muy diestros, como fueron Malique-Alaver, Muza y Gazul, que hicieron célebres sus nombres y habilidad en la plaza de Bibarrambla.»

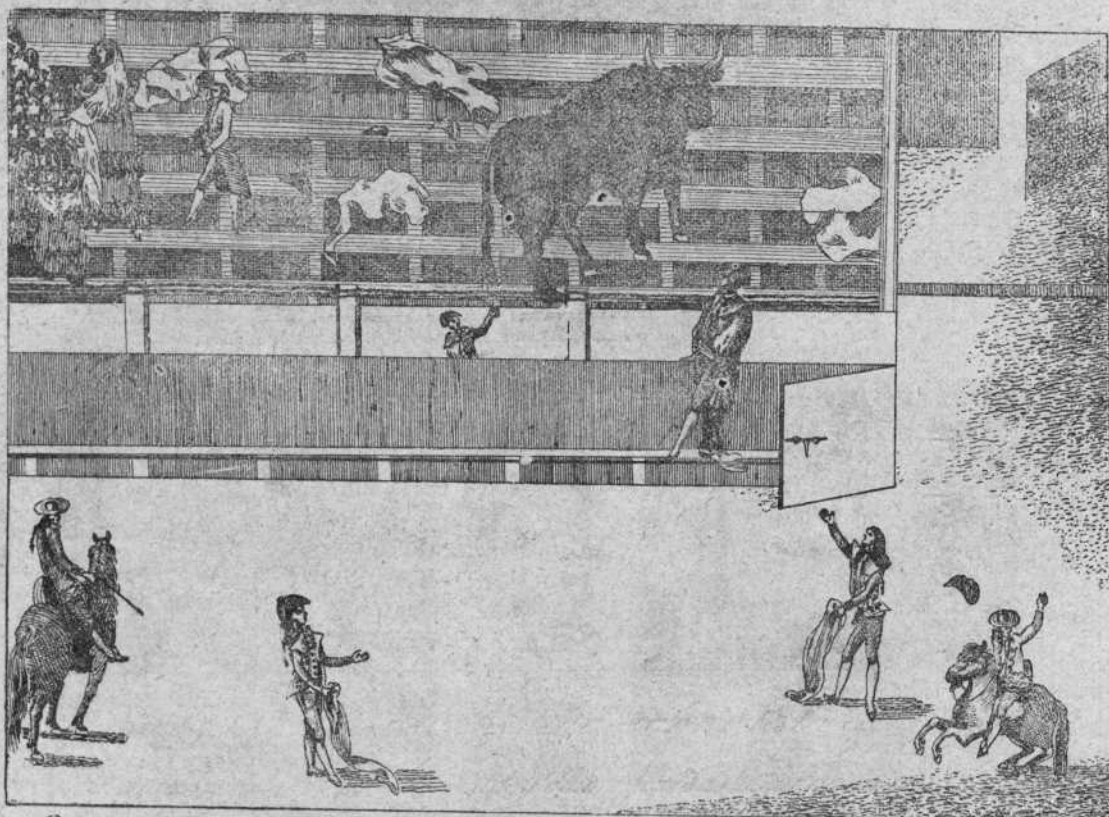
Es, pues, de rigor publicar sus retratos en esta galería.

(Dibujo de G. de Federico.)

“El tonto del bote,,

Ahora que está «dando juego» la exhibición en varias plazas de toros, del ya famoso «sugestionador» de reses bravas D. Tancredo López, al que, según relatos de la prensa, todos los días se presentan nuevos competidores y «alguna que otra» competidora, creemos oportuno exhumar ciertos datos curiosos, por los que verán nuestros lectores que el «experimento» en cuestión cuenta respetable antigüedad; si bien se reveló, en la ocasión á que nos referimos, por un accidente fortuito y en forma tan violenta é imprevista, que nadie hubo de preocuparse en estudiar las causas del fenómeno, atribuyendo sus efectos á milagro ó «cosa providencial».

«Corría el año de gracia» de 1801; el lunes 15 de Junio se efectuó en la villa y corte, según



*En la corrida de Toros de Lunes 15 de Junio de 1801 el toro de la Ba-
cada de Palacios Rubios saltó al tendido y cayó en paso de la Puerta salida de los Alpujar-
des*

costumbre, una corrida de ocho toros, por la tarde, después de haberse lidiado por la mañana otros tantos.

El toro que debió lidiarse en cuarto lugar, procedente de la ganadería de Palacios Rubios, en una de las escapadas que intentó realizar, saltó al tendido de la plaza, sembrando el pánico entre los sorprendidos espectadores, que con el natural aturdimiento abandonaron las localidades, dejando dueño «del campo» al atrevido cornúpeto que, como se ve, ejerció de «barredera», quizás con más rapidez y eficacia que lo hubieran hecho los «actuales» dependientes de la «Sociedad de higiene y saneamiento», que tan mal atiende á una y otro en esta especie de «Insula Barataria» que llamamos Madrid.

El romance de la época, dedicado á perpetuar el memorable suceso, así como las láminas que reproducidas al fotograbado ofrecemos en estas páginas á los lectores de SOL Y SOMBRA, existen en la completísima, interesante y selecta colección de nuestro querido amigo, inteligente aficionado, bibliófilo eruditísimo y castizo escritor D. Luis Carmena y Millán, quien con amabilidad en él proverbial, nos ha proporcionado los medios de dar á conocer al público que nos favorece, un hecho raro y digno de nota, por muchos ignorado, y quizás para no pocos increíble.

Refiere el citado romance—que consta de dos partes, las cuales ostentan por «cabeceras» sendos grabados, gráfica representación del suceso—que el toro saltó hacia la puerta llamada «de alguaciles», por ser el sitio destinado á los dependientes de la autoridad, cayendo sobre uno de

aquéllos, sin causarle daño alguno; fácilmente pudo el astado fugitivo ganar la calle del Alcalá y por ella enderezó sus pasos hasta el Prado, donde era grande la concurrencia de currutacos y pe-trimetros que, halagados por la esplendidez de la tarde, trataban de solazarse en tan ameno paseo.

Pueden los lectores figurarse cuál sería el espanto y la sorpresa de los distraídos paseantes, ante la «respetable» presencia del inoportuno «concurrente»; extraordinario fué el pánico que de todos se apoderó, y unos bajo los asientos de piedra, otros detrás de los árboles, quiénes encaramándose á las alturas, y los más ágiles y «vivos» pidiendo á los «talones» la salvación, esquivaron el encuentro de la fiera, que á nadie acometió por fortuna, y la dejaron paso libre hacia la Carrera de San Jerónimo.

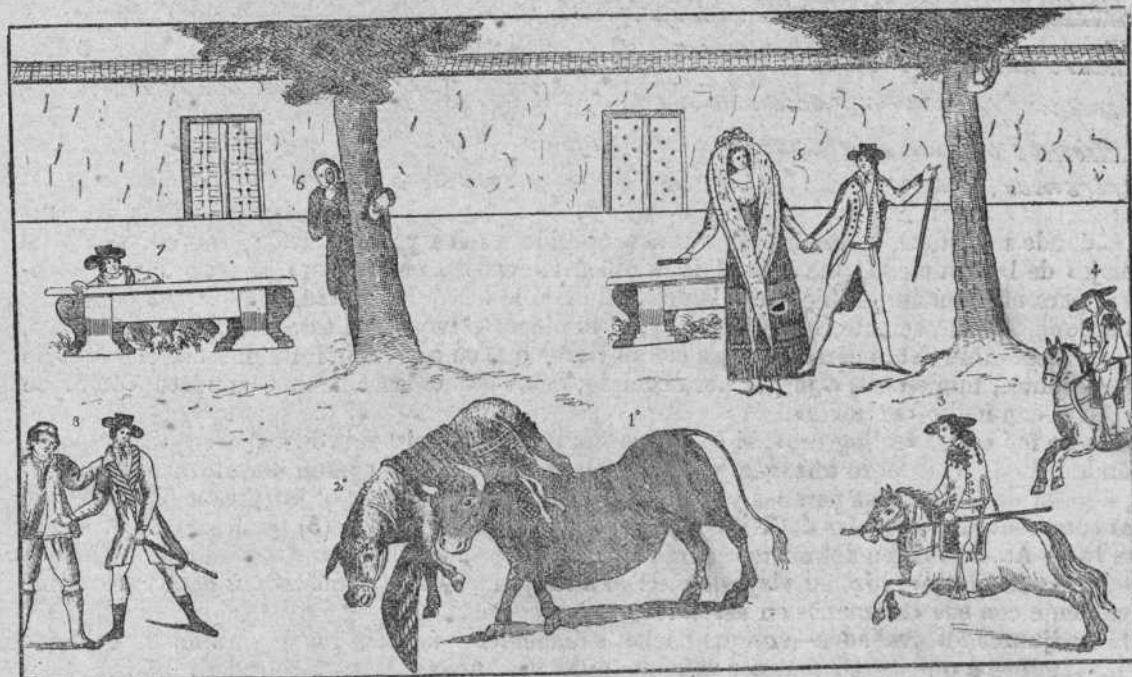
Sólo un infeliz borriquillo, que cargado y por su dueño conducido pasaba por aquellos lugares á tan funesta sazón, sufrió las tremendas acometidas de la res, que lo dejó «por muerto», para continuar su improvisado paseo.

Ya en la Carrera y poco más allá de su terminación, pasó el toro junto á un hombre que tranquilamente dormía tendido en la acera, acercóse á él, reconocióle detenidamente, y, después de olfatearle, hizo un extraño, dió un «bufido» y sin «hacer por el bulto» continuó la interrumpida caminata en dirección á la calle del Prado.

En cuanto el presidente de la corrida supo la fuga del toro, dispuso que fueran en su busca los picadores, que inútilmente quisieron cumplimentar la orden, saliendo al galope de los caballos, armados de pica y media luna, pues no pudieron dar alcance á la res, que, por su parte, no hizo daño alguno en todo el trayecto recorrido, cuya extensión apreciará el lector más adelante.

Al pasar el cornúpeto por frente á la puerta del antiguo convento de Capuchinos del Prado, encontróse junto al, entonces, popular Julián, conocido por el apodo de *Tonto del bote*, mendigo perlático, completamente paralítico que, sentado en un enorme sillón de baqueta, demandaba limosna, provisto de una especie de *bote* de cuero—origen del sobrenombre,—donde depositaban sus ofrendas los caritativos transeúntes.

Asegura el romance, á cuya fe remitimos al lector incrédulo, que el toro detuvo su carrera un



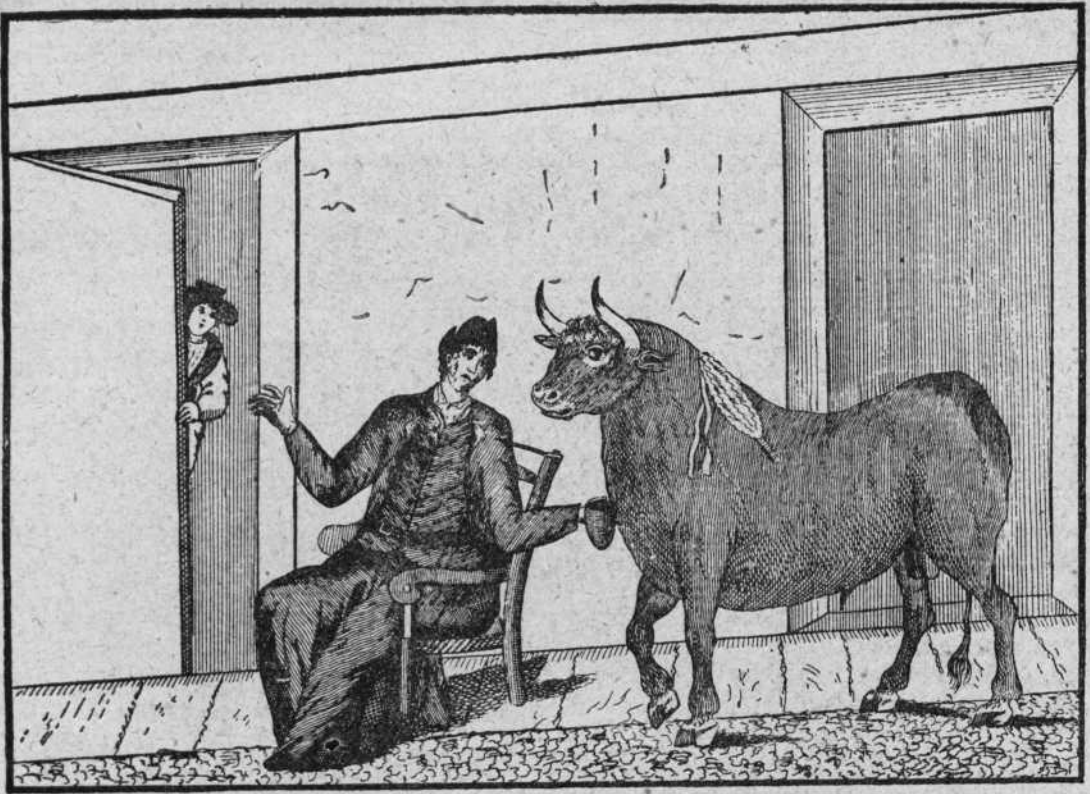
ESPLICACION de esta Lamina.

1.º El toro de la Pacada de Palac. 2.º su «salte» al iondido caso s're los q.º «stav», en la P.º q.º alado Alcalá por — donde entró. 3.º un Borriquo q.º cogio (unica desgracia). 4.º y 5.º los torer.º q.º le persequer.º con la media Luna y Picas. 6.º el Currut.º «aflegido». 7.º un Abato detras de un arbol. 8.º un Currutaco escondido en un asiento. 9.º el Amoro asido de el Currutaco q.º sus causa de la desgracia de su Burro

instante para reconocer aquel nuevo bulto y comenzó á «hacer extraños», como asombrado, y por último, lanzando el consabido «bufido», diciendo para sus cuernos:—¡Guarda, Pablo!—siguió calle arriba, sin tocar un pelo del pobre Julián, quien, sin conciencia tal vez del peligro que tan de cerca le amenazaba, ni «se dió» por enterado de lo ocurrido.

Y he aquí dos casos de «sugestión» espontánea, demostrando la influencia absoluta de la «inmovilidad» en el arriesgado experimento.

Claro es que en aquella aventura se trataba de dos individuos ajenos á cuanto sucedía, y si el uno estuviera despierto y el otro en pleno uso de sus facultades, seguramente la cosa resultara menos incruenta, pues el menor movimiento los hubiera perdido.



El toro escapado en la Corrida de la tarde del 15 de Junio de 1801, encuentra en la calle del Prado, al perlatico Julian, q.^o estaba pudiendo limasna, se acerca el toro, le mira y olfatea, y el aciendo algu^{os} extremos, el toro le da un bufido y se auyenta sin acerle el menor daño

De donde se deduce, corroborando nuestra opinión varias veces emitida,³ con referencia al «trabajo» de D. Tancredo, que el *quid* de la dificultad estriba en «poseer» la dosis de valor necesaria para afrontar impasiblemente la acometida de la fiera. *Voilà tout.*

Perdona, lector paciente, la digresión, y, si te place, volvamos al toro de nuestro romance, cuya mansedumbre debió correr parejas con el terror que su presencia infundiera en el ánimo de los transeuntes, numerosos, á juzgar por el relato; debió ser el susodicho cornúpeto «micro de paz», pues con nadie «se metía».

Mas no fué eso lo «milagroso», si lo comparamos con la parsimonia de los perseguidores, que, sin duda, cabalgaban sobre tortugas, y por esa circunstancia no lograron dar alcance al «prófu-go», á pesar de las muchas paradas y rodeos que éste hubo de dar en el intrincado laberinto de calles comprendidas entre las del Niño (1), Cantarranas (2), Francos (3) y demás adyacentes, hasta la de Atocha, paseo del mismo nombre y camino de Vallecas, por donde el animalejo, que sin duda «sabía latin», hizo su viaje de retorno á los prados de la Muñoza, en donde se reunió nuevamente con sus «hermanos en astas».

Los adjuntos fotograbados—aunque bastante reducidos—dan idea muy aproximada de lo que son las láminas á que se refieren, por más que éstas presentan mayor amplitud y claridad en los detalles, en extremo curiosos, de la cómica aventura.

Desde luego quede sentado—y romances y estampas cantan—que «la cosa» no es nueva y que, hace próximamente un siglo, fué «sugestionado» un toro por la presencia de aquel desdichado impedido; como si alguna fuerza sobrenatural domeñara instantáneamente la fiereza del cornúpeto.

El suceso debió tener gran resonancia y—dado el carácter supersticioso de la época—no es de admirar que la fantasía del pueblo, siempre inclinado á lo maravilloso, atribuyera á «milagro» un acaso que pudiendo resultar trágico, no pasó, afortunadamente, los límites de la comedia.

¿Que el caso es raro?—Convengo;
mas, de mala ó buena ley,
«ni quito ni pongo rey»
y á «mi» romance me atengo.

¿Que todo pudo ser broma?...
Quien lo dude ó no lo crea,
que busque el romance y lea...
¡y con su pan se lo coma!

DON HERMÓGENES.

(1) Hoy Quevedo.—(2) Hoy Lope de Vega.—(3) Hoy Cervantes.

La Sorpresa



Al galope brioso
de los corceles,
resuenan campanillas
y cascabeles.

Oyense las canciones
de los zagales,
y los gritos que lanzan
los mayores.

Canastillos de flores,
las «jardineras»,
conducen las mujeres
más retrocheras.

Y al estribo, luciendo
su gallardía,
va la flor de los mozos
de Andalucía.

A su paso se alegran
las gayas flores
y el sol vierte sus rayos
abrasadores.

Ajenos de cuidados
y de pesares,
ellas y ellos entonan
dulces cantares.

Y en medio de algezara
tan expresiva,
se dirige al cortijo
la comitiva.

Cuando más animada
marcha la gente,
refrepan los caballos
súbitamente.

Que á mitad del camino
se ha presentado,
un toro, que sin duda,
va desmandado.

Al ver á los que llegan
los amenaza,
y como desafiando
fiero se emplaza.

Escarbando la arena,
lanza un mugido
y á embestir se prepara
ya decidido.

Las mujeres con voces
muestran su espanto;
gritan ellos:—¡Silencio!
¡No es para tanto!

Y á defender se aprestan
á las hermosas,
que al aspecto del toro
tiemblan medrosas. . .

De repente, la fiera
rápida gira,
la caravana, alegre,
libre respira.

Que una piedra, lanzada
por un vaquero,
hizo cambiar al toro
su derrotero.

LUIS FALCATO.



AÑO TAURINO

21 de Febrero de 1868.

Dos particularidades tenía el célebre José Antonio Calderón, *Capita*, que si en su tiempo eran muy estimadas y le conquistaron el ventajoso nombre que en la historia del arte taurino ha dejado, actualmente colocarían al diestro que las poseyera á la cabeza de cuantos se dedican á la lidia de reses bravas; no sólo porque los toreros de principio del siglo xx carecen de ellas, sino también porque contribuirían de modo eficazísimo á elevar el nivel tauromáquico, que por desgracia tan á menos va hoy, llegando al extremo de que los más acreditados taurófilos, á falta de más serias é interesantes cuestiones, se entretienen en discurrir acerca de los instintos suicidas y temerarios desplantes del *hombre estatua*.

Eran estas particularidades de *Capita* el don especialísimo que para la enseñanza *había sacado* y la discreción con que sabía estar en la plaza desde el momento en que empezaba la corrida.

Cierto que en la tauromaquia ha habido maestros tan notables, teóricos y prácticos, que la sola circunstancia de ser discípulo de uno de ellos predisponía á los públicos á favor de los lidiadores que la acreditaban; pero á buen seguro que ninguno de aquellos maestros aventajó á *Capita* en la rapidez de sus enseñanzas.

José Antonio Calderón, con ser un excelente banderillero y peón inteligentísimo, no supo lo que supieron y enseñaron Pedro Romero, Francisco Montes y otros; pero lo que *Capita* sabía lo enseñaba bien y en pocas lecciones, pues «con tal calor, fe y entusiasmo—dice un contemporáneo suyo—explicaba á los principiantes todas las suertes, que los discípulos las aprendían más pronto de lo que el maestro se figuraba». Esta fué la más poderosa razón por la que todos le respetaban y querían, hasta el extremo de que los jefes de cuadrilla atendían sus indicaciones y «el mismo Francisco Montes no se desdénaba de escuchar sus advertencias». Discípulos de *Capita* fueron Cayetano Sanz, Mufiz y el *Regatero*, é imagínense los aficionados si hoy, que tantos toreros con buena voluntad y exceso de facultades hay, tardaría mucho el arte en alcanzar toda la brillantez de su mejor época, si surgiera un José Antonio Calderón, que enseñara á los que de todas veras quieren aprender! Desgraciadamente, *Capita* duerme el sueño eterno desde hace hoy treinta y tres años, y no puede levantarse de la tumba para venir á enseñar á nuestros modernos lidiadores de toros; pero no somos tan pesimistas que desesperemos de que *salga* el día en que menos lo pensemos algún maestro que eleve la tauromaquia á la altura de que nunca debió descender.

Además de esta muy recomendable circunstancia, poseía Calderón la de saber estar bien colocado en la plaza, de tal suerte, que nunca llegó á estorbar y fué útil siempre. Manejaba la capa mejor que muchos de los que se consideraron por la generalidad más maestros que él, y poseía un golpe de vista asombroso para juzgar y conocer las reses.

José Antonio Calderón, que nació en Carmona el 6 de Abril de 1798, era de muy buena familia, y bien lo demostraba en su distinción, finos modales y afable trato, de que nunca prescindió. Contra la voluntad de toda su familia se dedicó al arte taurino, en el que fué, como dicho llevamos, competentísimo, y si no llegó á manejar el estoque y la muleta, es porque quiso, como lo fué, ser maestro de verdad en banderillas, y no pseudo-maestro, cosa en la que quisiéramos le imitaran todos los que aspiran á ser *oficiales de todo*; pero no por eso desconocía, al menos teóricamente, la suerte de matar, que con arreglo á sus consejos practicaron muchos.

Capita falleció el 21 de Febrero de 1868 en el Hospital de Cigarreras de Madrid, y había toreado por primera vez en la plaza de la corte cuando tenía veinte años de edad.

PRIMORES.



Un primor de "Primoroso,"



A
Eduardo Orlega Gasset

CRÉEME, y no te enchives por esa mujer; es muy hermosa, sí; pero le pasa lo que á las estatuas; ¿te enamorarías de la Venus de Milo?... Te contentas con mirarla; pues haz eso mismo con Araceli; es una estatua hermosísima, cuya cabeza se halla como aquélla de la fábula, y lo peor, chiquillo, es que tiene el corazón lo mismo que la cabeza... No te me pongas hosco... consejo de amigo es; pué ser que yo me equivoque, y, sobre tó, allá tú; estas cosas de los amores son música pá dos; en cuanto otro se mete por medio, desafina; de manera que con hacerlo á tu gusto, ya lo tienes tó arreglao.

Y Joaquín Campuzano dió las dos últimas chupadas al Bismarck que tenía en la boca, lo tiró al jardín por la ventana y salió del *fumoir* encogiéndose de hombros.

Andrés Mondéjar le dejó irse y pareció muy abstraído viendo relucir entre el césped las partículas de lumbre que en él se desparramaron. Aquellas estrellillas rojas se fueron aniquilando, brillaban intensamente y desaparecían de súbito una tras otra; parecían símbolo de las ilusiones del corazón humano, que iluminan el alma fugazmente, y que con más presteza se aniquilan á medida que sus encantos son mayores. Cuando ya no quedaba ninguna lucecilla, arrojó Mondéjar su cigarro, que se le había apagado, sacudió algunas partículas de ceniza que había en su pechera y se dirigió al salón, caviloso aún.

Hacia tiempo que la imagen soberana de Araceli Barrientos llenaba el alma y se empeñaba en compartir la vida del joven ganadero; aquella hermosura andaluza, aquella mujer con los ojos como la noche, la boca como la

flor del granado, trigueño y algo pecosillo el cutis, lo que le daba más *ángel*, esbelto y macizo el cuerpo, cuyas líneas denunciaban tesoros ocultos, había dado al traste con la tranquilidad de

Andrés Mondéjar, que llegó á los treinta años sin amores y sin más preocupaciones que las que sentía por sus toros y sus fiucas, consagrado al campo casi por entero, sintiendo como el mayor de sus orgullos el de compartir con Luis Villavieja y Juan Gallardo el triunvirato excelso de la nata y flor de los garrochistas de Sevilla.

La primera vez que Araceli Barrientos se puso en su camino fué en Tablada, un sábado de Gloria. Y á gloria tocó el corazón del ganadero, y aquel *landeau*, que conducía á la beldad en unión de su familia, parecióle al hombre el Edén y el Paraíso del Profeta y el mismo cielo con arcángeles y querubens.

A raíz de ello comenzó á descuidar aquellas cotidianas salidas al campo, y ya no pasaba en sus dehesas las largas temporadas que antes solía. Dióse á frecuentar salones y tertulias, acicaló su indumentaria, y la media bota de becerro sin curtir con respuntes y bordados en seda verde, quedó relegada en su armario de calzado, mientras el zapato de charol, antes desatendido, pavoneábase en su apogeo.

Que se encontraran la beldad y el ganadero fué cosa muy fácil; ambos pertenecían á la buena sociedad sevillana, las familias se trataban y la presentación la hizo una noche, por mera fórmula, Joaquín Campuzano en casa de Villavieja.

Las asiduidades de Mondéjar fueron bien recibidas, pero no se correspondieron, Araceli tenía siempre una sonrisa y un apretón de manos para su adorador, le concedía preferencias y atenciones, le encomiaba sus ca-

ballos y sus trenes, sus alhajas y sus fircas, pero el día en que Andrés, convencido de lo seguro del paso que daba, le habló en serio de amores, la de Barrientos negó enérgicamente con la cabeza y rechazó en seco la pretensión.

Baño ruso como aquél no había caído sobre el alma del ganadero; rico, gallardo de figura, noble de corazón, simpático, miembro de familia respetada y queridísima, todo había sido triunfos para él en su camino en la vida; realizó todos sus gustos y sus caprichos, hasta tuvo la rara suerte de que aquellos á quienes favoreciera no le resultasen ingratos.

Otro golpe vino á herirle cuando aún no se había dado cuenta del rudo empujón de Araceli; golpe horrendo, la muerte de su padre, casi de repente, de un ataque al corazón, al regresar de una montería en Sierra Morena.

Entonces Andrés Mondéjar, aniquiladas las energías, creyó que el mundo acababa para él; huérfano ya, rechazado en sus amores, hubo un día en que, con nubes negras en el corazón y en la vista, comenzó á ordenar sus papeles proyectando rematar por su mano sus pesares.

Cuando revolvió legajos y documentos, entró en el despacho su administrador Roque García, un sargento retirado de la Guardia civil que debía á los Mondéjar prosperidades y holgura. Ellos le dieron la administración de sus bienes, costearon las carreras de sus hijos, estimándole como de la familia; él pagaba aquello cuidando el capital de sus amos como si fuera propio, velando por sus intereses como si de ello dependiera su salud.

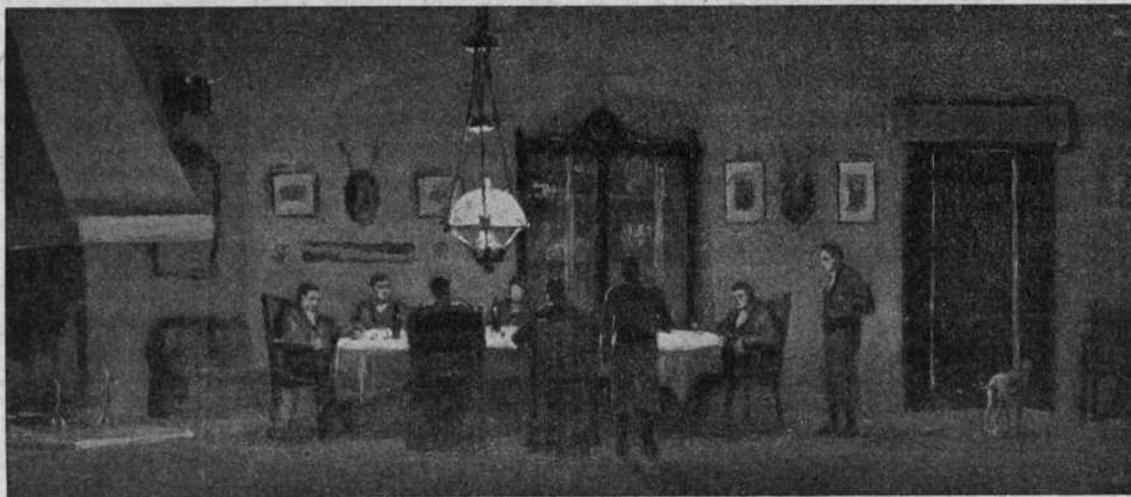
—Esta tarde, D. Andrés, se viencsté conmigo al serrao d'Alcotanes; no armito excusa; le tenemos asté su cuarto prepara; es mesté distraerse, qu'el tiempo no se pué volver p'atrás, ni lo que manda Dios tiene remedio.

Aquello era la vida que volvía, que lo llamaba. Quiso resistirse, pero Roque se abrazó con él, evocó recuerdos, le habló al corazón, le hizo llorar y en sus brazos robustos, aunque ya viejos, puede decirse que lo metió en el coche que tenía en la puerta.

Baldomero Carrascas, que estaba en el pescante, echó dos ajos y pegó dos zurriagazos á las mulas, y en un atardecer hermosísimo de Mayo, con perfumes de la tierra, de las flores, de las plantas, con trinar de ruiseñores en los árboles del huerto, entró Andrés Mondéjar, con el corazón hecho polvo, en su dehesa de Alcotanes.

Allí vivió un año, abstraído, casi como un autómatá, vigilado por aquella familia que le debía su bienestar, y que á él consagraba su existencia; gente noble, del pueblo, generosa, que lloraba al verlo llorar y que lo velaba noche y día para que no hiciera un disparate. El hijo mayor, teniente de Caballería que estaba en el regimiento de Alfonso XII, dejaba á Sevilla todas las tardes que tenía libres y se iba á hacerle compañía; el menor, que tenía una carpeta en el escritorio de Villavieja, pasaba en Alcotanes del sábado al lunes; Rocío, la hija, una morena pálida, esbelta, pequeñita, con ojos morunos, en que había remansos de ternuras, sombreados haces de pestañas, atendía solo al cuidado del señorito, poniendo todo su esmero en aquellas cosas que pudieran serle agradables. Era una chiquilla seria, callada, con relámpagos de energía en los ojazos y una expresión altiva, señorial, en el semblante, que contradecía á veces la bondadosa sonrisa de su boca.

Gente de Sevilla iba algunas veces, que Alcotanes está cerca y los garrochistas pasaban con frecuencia por la carretera; pero Andrés resistíase á verlos; hallábase más á gusto con la familia de Roque, con los vaqueros, los concedores y el mayoral que venían á hacerle tertulia por las noches, y contaban sus chascarras, y bebían como con vergüenza la manzanilla y el cognac con que los obsequiaba el amo, y se fumaban sus puros *con un*



papé é plata, y todos ellos, *Tumbalobos*, Carrascas, el *Completo*, Antañillo Avila y Manolillo *Candiles*, ponían empeño en serle agradables, en distraerlo, en levantar su ánimo, que hallábase aplanado como si una losa de plomo, pesando sobre él, lo fuera aniquilando.

A las once, Rocío, con una seña imperativa, despedía á los vaqueros, y allá bajaban todos con sonoro resonar de zapatones y espuelas, montaban en el llano y tras los cristales de la ventana, les veía Andrés Mondéjar alejarse por la campiña, garrochas al hombro, en busca del ganado ó en demanda de sus hogares.

Luego, los guardas ó los mozos de la casa, el *Aburrío*, Juan el *Jaro*, Periquillo *Tachuela* ó el *Mauro*, entraban en el comedor, lo aseaban, echaban sus petates en el suelo y allí dormían, por turno, perros fieles, gente sana, prontos á la voz del amo.

Y Andrés Mondéjar fué restableciendo su espíritu y curando de sus tristezas en el tiempo por médico y por farmacopea aquella vida activa de campo, sana y metódica, con el ejercicio á caballo por el día, aquellas democráticas tertulias por las noches y aquellos perfumes á corteza de naranja y á membrillo que reinaban en su cuarto, en su ropa, hasta en sus objetos de campo y caza, y que eran el mismo perfume de Rocio, el mismo aroma que se aspiraba en toda la casa y que parecía emanar de la hija del administrador.

*
* *

Y un año después Andrés Mondéjar se presentó en Sevilla, se abrió su casa, hubo en ella un almuerzo de solteros, con que obsequió á sus amigos, y aquella noche en el palacio de la Marquesa de Hinojales hacia su primera aparición ante *la buena sociedad*, un año después de haberla abandonado.

Parecía que nada había cambiado; su vida en Alcotanes era un sueño, el paréntesis forzoso de unos meses de dolor; Roque García, sus hijos, *Tumbalobos* y mozos, guardas y vaqueros, la gente que había tenido la obligación de soportar sus arideces de carácter y que las habían soportado, ¡quién sabe si por interés! Aliviado el dolor por la muerte de su padre, sólo tenía ante sí á Araceli Barrientos, que en aquel año transcurrido siguió sin novio, y que parecía haber aumentado en hermosura. Aquella repulsa seca también había parecido suavizarla el tiempo.

Y cuando se halló con ella en aparte sabrosísimo, en un rincón del saloncito, mientras valsaban las parejas, ¡qué se había de acordar de lo pasado! Sólo pensaba en realizar el sueño; en que aquella hermosura, engalanada con claros atavíos de primavera que denunciaban traidores la escultura, fuese para él, para él solo, allá en su casa de Alcotanes, rodeado de los suyos, de su gente, que en él se miraba y se miraría en ella.

Y hablando, hablando, vino ella á elogiar un rasgo de él: aquellos seis toros suyos que regalaba para la inauguración de la plaza del pueblecito de Guadazul; aquella corrida era simpática, el ganadero regalaba los toros; Currito Flores, el gran torero, lidiaba gratis con su cuadrilla; Luis Villavieja pagaba los gastos de contribuciones y demás sacalifías del Estado; y todo en beneficio de los pobres del pueblo; iba á ir allá media Sevilla; su padre, el de Araceli, había pedido un palco; la Marquesa de Hinojales lo ocuparía con ella y sus hermanas y unas amigas, todas de la flor de la hermosura, un palco de claveles sevillanos de ojos de fuego y negras cabelleras á que diera marco la mantilla blanca; la Marquesa las convidaba un día antes á su quinta de Silleros, precisamente enfrente de la casa de Alcotanes, á un lado y otro de la carretera; y allí, detrás de la verja del jardín, que era recia, verían pasar el encierro; tenía ella ganas de ver los toros cerca, cerca; aquellos bichos tan hermosos, tan grandes, tan fieros...

—¿Quiere usted ver uno cerca, muy cerca?

Tendría ella un alegrón, ya lo creo, al verlo junto á los hierros, poderle pasar la mano por el pelo; ¡qué sensación más rara debía de ser! y aún allí, tan segura, le daría miedo; pero sí; era una alegría que quería tener, un capricho, una cosa que le asustaba al ansiarla; un capricho de mujer cuya satisfacción estriba en eso mismo; en lo desconocido que hace temblar y que se desea.

—¿Usted va á Silleros, fijamente?

—Voy, con seguridad.

—Pues usted verá un toro, tan cerca como quiera ponerse de la verja, porque yo lo pondré á él pegado á ella.

—¿Usted?

—Yo. Voy con el encierro.

—¡Ay, sí? No sabe usted lo que se lo agradecería.

*
* *

Ya venía el encierro bordeando los álamos del río, por el arroyo del Fraile, junto á Alcotanes, cuando Andrés Mondéjar adelantó la jaca y emparejó con *Tumbalobos*, el mayoral, que iba de guía, al hombro la garrocha, al estribo los cabestros, en el labio el cigarrillo y canturreando unas playeras antiguas, de las que el hombre cantaba en Los Castillejos cuando la guerra del moro.

—¡Oje, Lucas!

—¡Osté mande, D. Andrés!

—Al llegar á la casa d'Alcotanes has porque se retrase el *Primoroso*, arrópalo con los cabestros ó consinténdolo con la jaca hasta pegarlo á la verja de Silleros; yo t'ayudaré.

—Me pae que será ifisilillo; ya sabosté que vién los toros mosqueaos, pero se jará lo qu'osté mande.

—Hombre, Lucas, ¿y si s'arranca?

—Si s'arranca... s'arrancará y Dios dirá aluego... Una jaca corre más qu'un toro pó una carretera... Osté quiere que se l'arrime á la verja é Silleros y allí se l'arrimará.

Era una noche primaveral andaluza, en las márgenes del Guadalquivir, con una luna en menguante, á cuya luz podía leerse una carta, con un aroma á azahares, adelfas y damas de noche que mareaba, con un cantar de ruiseñores en las lejanías que hacía retemblar las fibras del alma.

—¿Qué te pae cómo va el ganao?—preguntaba á la cola del encierro Baldomero Carrascas al *Bisco de los Vá-lares*, el elegantísimo banderillero de Currito Flores.

—No vá esaborío, pero l'hemos achuchao mucho pá salir del serrao del Tomillar y viene mosqueao.

—Tó eso es pá no'arrimase mañana con las banderiyas.

—Quita d'ahí, malánge... ¿creerá tú que pareá es í enmedio é la noche jasiendo el bujo con la garrocha?

Y seguía la carretera silenciosa, desierta, cinta blanca bordada entre los olivares... A la cabeza del encierro, trescientos metros delante, Antofillo Avila y el *Aburrío* iban para prevenir á los caminantes, si los hubie-

ra; después venía el mayoral con los cabestros á los estribos; luego, rodeados de los buyes, en confuso montón, los siete toros de la corrida; los seis destinados á morir en la lidia y el sobrero para casos imprevistos; detrás compacto escuadrón de garrochistas, toreros, ganaderos, lucida cabalgata de ginetes expertos, con sembreros redondos, marseleses y zahones...

Y sobre el grupo nutrido, la luz de la luna, siempre melancólica, triste, como si fuera el lucir de una decepción de amores, y sobre el ruido de los cencerros y el murmullo de las conversaciones á media voz, el blando susurrar del río, y sobre el olor sano y recio del ganado, el perfume de azahares de la campiña... Noche de primavera en los alrededores de Sevilla, con misterios de quereres en el ambiente, con crugidos de besos en las ondulaciones del aire, con relampagueos de ojos negros de sultanas en el celeste de los horizontes...

Antoñillo Avila y el *Aburrío* entraban al trote en la especie de callejón que forma la carretera, limitada de un lado por la casa de Alcotanes, grande, severa, blanqueada, con sus rejas fuertes y bajas y sus tapias de corrales, y del otro por la verja de la quinta de Silleros, que se veía en el centro del jardín, coquetona, en forma de *pigeonnier*, brillando las pizarras de los tejados, saliendo la luz á torrentes por los antepechos del piso bajo. En el jardín bullía la gente, se oían carcajadas jóvenes, argentinas, percibíase runcr de fiesta.

Las ventanas de Alcotanes permanecían cerradas; una tan sola, la de la diestra de la puerta, dejaba ver el fondo negro de la habitación, sirviendo de marco á una figura blanca sentada en el poyete.

—Güenas noches, señorita Rocío!—le dijo al paso Antoñillo Avila.

En tanto, el *Aburrío* discutía desde el camino con los convidados de Silleros.

—Esas luses, con la vénia de la señá Marquessa, sa mesté de toa mesteransia que s'apaguen; viene er ganao caliente y poemas tené una esaborisión aquí que la carretera paese un pasaiso.

Las niñas protestaban; el jardín á oscuras, ¡qué disparate, con tanta gente allí! El *Aburrío* meneaba la cabeza; ya se oía próximo el cadencioso sonar de los cencerros del cabestraje.

Un ginete embocó galopando el pasadizo y paró en seco ante la verja.

—¡Fuera esas luses!—gritó con imperio.—¡Así que viene el ganao suave! Tú, *Aburrío*, y el otro, alante, pa si viene alguien por el camino... ¡Esas luses! ¡Se apagan ó no?...

Y Andrés Mondéjar lo soltó redondo. Un taco español, neto y castizo, que hizo reir á las niñas, mordiéndose los labios y que indignó mucho á los señoritos pavipollos que preferían ver el encierro tras de la verja.

Las luses se apagaron y sobre la masa blanca de la casa de Alcotanes destacó la silueta de *Tumbalobos*, á cuyos estribos venían los corpulentos cabestros. El encierro estaba allí.

Andrés Mondéjar hizo recular el caballo hasta la puerta de Alcotanes, apoyó el cuento de la garrocha en el suelo, se removió en la silla y, al alzar los ojos, se fijó en la ventana.

—¡Estás ahí, Rocío? Dios te guarde.

—Y asté le dé salud, D. Andrés.

—Creí qu'estarías en el pueblo, con tu padre, pa ver entrar el encierro en la plaza.

—No, señor, tuve que hasé y me queé aquí, sola.

—Siempre tan trabajaora...

Los toros estaban ya allí. *Tumbalobos* había cedido la guía del encierro al *Completo* y estaba junto al amo, descansando en el muslo la garrocha.

—¡Cuando osté quiera, D. Andrés!

—¡A ver, Carrascas! ¡Corta á *Primoroso* ahí!

Y el vaquero se interpuso entre los toros; seis siguieron adelante; uno, negro, grande, hermosísimo, con un lucero blanco en el frontal que relucta en la noche, quedó aislado, asombrado, mejorando el terreno sobre las patas. El encierro se detuvo. Cabestros, toros y vaqueros ya á la salida del pasadizo; el grupo de garrochistas aún á la entrada.

—¡Arrímalo á la verja!

—Jaaá, ¡*Primoroso*ooo! ¡tórooo! Jaaá, valiente... ¡Ayúdale, Carrascas!

Y *Primoroso*, dando resoplidos, oscilante la soberana cabeza, se emplazaba en el centro del camino, desafiando, esperando que no le taparan su viaje natural para ir con sus hermanos. A su alrededor caracoleaban con los caballos Andrés Mondéjar, *Tumbalobos*, Carrascas, apuntándole con las garrochas, jaleándolo con la voz.

Detrás de la verja los señoritos se echaban hacia atrás, las niñas daban gritos *staccatos*; solo Araceli Barrientos, con la hermosa frente apoyada en los barrotes, pasaba entre ellos un brazo que parecía modelado por Praxiteles y sonreía viendo próxima á ella la majestuosa mole del toro de plaza.

—No se le pué arrimá más, D. Andrés.

—Bueno, dejarlo.

Detrás de la verja se dejó oír una risa burlona y la voz de Araceli Barrientos dijo irónica:—Creí que lo hubiera usted arrimado para que lo tocara, pero ya que usted no puede...

—¡Trueno de Dios!—bramó Andrés Mondéjar de pie sobre los estribos— ¡fuera tó el mundo! ¡No tenéis rifiones pá ná!

Y embrazando la garrocha se fué al toro en línea recta, relampagueándole los ojos, creyendo sentir en los músculos fuerza suficiente para coger á *Primoroso* de un pitón y echarlo en el jardín.

Tumbalobos quiso interponerse, pero no tuvo tiempo; corrióse expertamente á lo largo de la fachada de Alcotanes; Carrascas paró la jaca, asombrado; en el jardín la risa burlona se seguía oyendo y el toro retrocedió hasta la verja, cuyos hierros azotó con la cola, con lo que acabaron de desaparecer de la escena las niñas y los señoritos.

Andrés Mondéjar seguía obligando al bicho, y ya de entre el grupo de garrochistas surgían voces y se adelantaban caballos.

—¡Güeno está ya, D. Andrés!— gritaba *Tumbalobos* echado sobre el cuello de la jaca, por delante de cuya cabeza asomaba la garrocha.

La penca de *Primoroso* dió en la verja; una mano delicadísima lo palmeó en el cuadril; el toro se extreme-



ció, hundió los cascos en el suelo, levantó la tierra que esparció como el granizo y arrancó con empuje [salvaje buscando la salida, oponiendo su fiereza á aquel yugo en que le tenían; Carrascas salió al galope dejando al toro franca la querencia, pero *Primoroso* tenía ante sí aquel caballo que le obligaba y á él llegó metiéndole la cabeza y echándolo al alto con el ginete; los despidió con violencia de avalancha sobre la ventana de Alcotanes; retemblaron los hierros, cayó al suelo la masa confusa, recargó sobre ella *Primoroso* y oyóse tras de la reja una voz enérgica, poderosa, dolorida:

—¡*Tumbalobos!*... ¡Al señorito! ¡No dejaréis que lo matel...

¡Qué habían de dejar! Con bizarra hidalguía vaqueros, toreros y garrochistas disputábanse el arrojar de allí á *Primoroso*; llegó Luis Villavieja el millonario y Manolillo *Candiles* el humilde vaquero y Bartolomé Marchena el picador de Urrito Flores, y todos achuchaban al cornúpeto, chocándose los caballos. Marchena, el atleta del Albaicín granadino, tiró la garrocha y agarró el rabo del toro, que corneaba al caballo caído.

Andrés Mondéjar, herido en la cabeza en el choque con la ventana, permanecía de pie, insensible, apoyado contra ella, mientras *Primoroso* recargaba en el caballo, un potro entero, que rechazaba valientemente, á coces, la acometida.

Bartolomé Marchena, asido al rabo, tiró hacia atrás; de la fuerza dobló el caballo los cuartos traseros, pero el ginete pudo con las treinta arrobas del toro y retorciéndole la cola le hizo gazapear sobre las manos; en los cuadriles punzaban las garrochas; *Tumbalobos* lo había cogido por la palomilla y giraba para derribarlo; la fiereza del toro parecía vencida; el corazón de los hombres la dominaba.

Y en aquel punto ocurrió un detalle sencillito, con esa sencillez de la grandeza y de la abnegación que al ser puesta en letras de molde hace sonreír estúpidamente á las almas ruines y á los corazones cobardes; se abrió la puerta de la casa de Alcotanes y asomó por ella una figura blanca, esbelta, pequeña, delicada; mezclóse en el tremendo grupo, entre el caballo que coceaba moribundo y el toro que repartía cornadas y los garrochistas que entre blasfemias, ternos y voces, atacaban á la res, sujeta con titánico esfuerzo por Bartolomé Marchena. Llegó la figura blanca al ganadero medio derribado contra la reja, le sostuvo con sus brazos, le empujó hacia la casa, y en el instante en que le entraba en ella, *Primoroso* dió un tironazo, derribó al picador del Albaicín con el caballo, y, suelto ya, salió desmandado, á campo traviesa, garrocheado aún en la huída por *Tumbalobos*.

Allá iba el toro por la campiña iluminada por la luna, dando temerosos mugidos, con empuje de huracán; pero tras él galopaban vaqueros, garrochistas y cabestros, que al fin habrían de encerrarlo en los corrales de la plaza de Guadazul, en donde le esperaba al día siguiente la muerte en trágica liza.

..

Andrés Mondéjar había sentido que lo empujaban, que lo conducían unas fuerzas débiles; después, brazos más robustos lo echaron sobre algo blando, fresco, con olor á corteza de naranja y á membrillo, que traía á sus miembros dulce reposo; un zumbido extraño en el cerebro le mareaba, un líquido tibio y pegajoso corría por su

cara; no podía abrir los ojos; oía voces agitadas á su alrededor; en esto una sensación fría sobre su frente, un olor vivísimo aplicado á la nariz le volvieron á la vida; no vió más que una luz roja, poderosa.

De súbito aquella luz roja desapareció; le habían limpiado con un pañuelo la sangre que cubría su rostro, dábanle vingsre en las sienes; frente á él Bartolomé Marchena, todo lleno de polvo, le miraba con ansiedad; Andrés Mondéjar sentía que una mano suave vendaba la herida que le partía la frente; entonces alzó los ojos y vió á Rocio García que lloraba. Su traje blanco todo espicado de sangre, la actitud de Marchena, de Juan el Jaro, de Manolillo *Candiles*, de Joaquín Campuzano, del *Bisco de los Villares*, allí presentes, le hizo reconstituir el pasado.

Quiso hablar, la sangre se le metía en la boca; la escupió; Rocio le limpiaba con el pañuelo; el dolor vivo de la frente partida se presentaba ahora.

Mondéjar parecía asumir impresiones, recuerdos, detalles en una síntesis abstracta que se presentaba en su mente con avasalladora claridad.

—¿Tú me cogiste, chiquilla, en la cara 'el toro?

—Ella misma—dijo Marchena;—yo la vide, que pesía el Ange de la Guarda.

—¿Qué locura!... Pero tú... ¿tú por qué t'exponías? Ya se hubieran llevado á *Primoroso* los garrochistas... ¡si t'agarra á tí, Rocio, tan débil... tan bonita, te mata!

En esto entraba un lacayo de la Marquesa de Hinojales, un ejemplar del lacayo cosmopolita, rígido, indiferente, asalariado... Venía á enterarse de lo ocurrido. Andrés Mondéjar le oyó y le hizo entrar.

—Dile que no fué ná, un porrazo... Y dile á la señorita de Barrientos que ya ha visto cerca un toro, que yo se lo he arrimao... si quiere ver otro ó tenerlo á la vera, que pida á Dios que se lo arrime.

Y cuando salió el autómeta, Andrés Mondéjar cogió una mano de Rocio García.

—Mira, chiquilla, mírame... Tú me recogiste d'entre los pitones; allí, en el peligro, sin pensar en él; tú me recogiste; ¿quieres recogerme á tu lao pá toa la vida?

Rocio no retiró la mano ni replicó. Lloraba, pero no era el llanto de antes, desolado; había en el de ahora algo del sueño que se hace realidad...

—Oye, Campusano—decía Marchena,—agarra un coche d'en có á la Marquesa y que me yeven á Seviya, que me pases que me disloqué er brazo ar tirá del jopo é *Primoroso*; míalo, no lo púeo meneá ni p'arriba ni p'abajo.

Y así era; el picador del Albaicín tenía rígido, á lo largo del cuerpo, aquel brazo hercúleo que detuvo la arremetida del toro; pero aún era más hercúlea el alma que, hasta cerciorarse de que Andrés Mondéjar no había vuelto á la vida, no paró mientes en los dolores del cuerpo.

•••

Y tres días después, Justo Sencillo, hallándose en casa de Villavieja, en *petit comité*, daba la noticia:

—Ya sabréis que Andresillo Mondéjar se casa con 'a hija de su administrador.

—La verdad—dijo Joaquín Campuzano—que parecía aquello mandao del cielo. Arrancarlo del lao d'Araseli y echarlo sobre la reja en que estaba esa muchacha con un corazón tan grande. Y acertó *Primoroso*...



—¿Cómo *Primoroso*?—dijo Flora Villavieja.

—Así se llamaba el toro que cogió á Andrés.

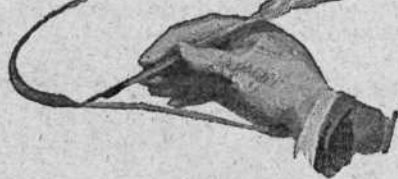
—¿*Primoroso*?—dijo riéndose la señora de Villavieja,—pues aquél fué el mayor de sus primores.

JUAN GUILLÉN SOTELO.

(Dibujos de L. Martínez Vargas-Machuca.)



stafeta taurina



Plaza de toros de Madrid—En el encerradero del Empalme, de Sevilla, se encajonaron el pasado lunes 18, varias novilladas, adquiridas de acreditadas ganaderías andaluzas por la empresa de nuestro circo taurino, con destino á jugarse en nuestra plaza de toros durante el mes de Marzo, siendo una de ellas lidiada el domingo 24, en la que tomará parte, ejecutando su maravilloso «experimento», el rey del valor, D. Tancredo López, cada vez más aplaudido de los públicos, que premian su arrojado ejercicio.

Castellón de la Plana.—El 17 de Marzo próximo, festividad de la Magdalena, se verificará en aquella plaza de toros una corrida de novillos, lidiando reses andaluzas los diestros sevillanos *Algabeño* y *Gallito* (ambos chicos), con sus respectivas cuadrillas.—*Sancho*.

Bilbao.—Novillada efectuada el 10 del actual.—Con la novillada celebrada esta tarde dió comienzo la temporada taurínica en esta población.

Después de suspendida el día 2, por no venir D. Tancredo, que se hallaba delicado, el 3 «por mor»... á las pocas pesetas que había en taquilla, y no por el mal tiempo, se verificó el 10, con cuatro novillos de D. Eloy de Clairac, del Campo de Salamanca. La lidia estaba á cargo de Castor Ibarra, *Cocherito de Bilbao*, y su cuadrilla la nota *chic* de la corrida era la presentación de D. Tancredo López, en Bilbao, por primera vez.

El ganado resultó grande, bastote, bravucón y generalmente los toros llegaban abantos á última hora; el cuarto, que prometía dar bastante juego, resultó un toro de mucho sentido; agréguese á esto la mala lidia que se les dió y se comprenderá cómo llegarán á la hora suprema. Mataron entre todos seis caballos.

Al arrastrar el segundo toro, apareció D. Tancredo, vestido de Comendador, y una vez subido sobre el pedestal, y colocado convenientemente frente al toril, dió la señal, apareciendo en el redondel un novillo como de unas 3 ó 4 hierbas, colorado, y alto de pitones, que salió por el lado izquierdo, volvió al derecho y fijándose en la estatua, se dirigió á ella como un rayo, y se desvió á la derecha, rozándole completamente con los pitones; la ovación que se ganó fué de las de P. P. y W, recogiendo un número de tsarninas.

Cocherito, lucido en brega, quites y banderillas, tuvo el tanto de espaldas con la muleta y el estoque, y si no, véanse las faenas que hizo:

Al primero: trasteo regular; un pinchazo bueno, media, estocada atravesada y otro pinchazo, saliendo por los *Cerros de Ubeda*. (*Siseos*.)

Segundo: mala faena, un sablazo y media estocada atravesada. (*Palmas y pitos*.)

Tercero: mala faena de muletas, un metisaca, un pinchazo bien dirigido y un golletazo. (*Pitos*.)

Cuarto y último toro: mala faena, 6 mejor dicho pésima, media estocada tendida, un mal pinchazo y catorce intentos de descabello. (*Pitos*.)

De los banderilleros, *Gallequito*, *Pollo de Valencia* y *Torverito*.

De los peones, *Gallejo* y *Pollo de Valencia*.

Picando, aunque poco... el sol.

Entrada, un lleno.

Presidencia, acertada.—*S. Gómezchiqui*.

Valencia.—El 8 del actual se efectuó en aquella plaza de toros una corrida en la que se lidiaron cinco novillos, que murieron á manos de los diestros *Salao*, *Gordito*, *Finito chico*, *Algabeñito de Valencia* y *Marinerito*; el primero, quedó regularmente con la muleta y estuvo desgraciado al herir; el segundo, que pasó á su toro con habilidad, descalzóse un pié y «vacianado» con la zapatilla, entró á herir «á volapié» dejando una buena estocada, y remató la faena con un cartero descabello; el tercero, no pasó de regular, pasando é hiriendo; el cuarto, que fué volteado por el toro, sin consecuencias, quedó medianamente, lo mismo que el último de los espadas citados.

El *clou* de la fiesta lo constituyó el popular *Garruso*—célebre en los fastos de la «maletería» valenciana—que ejecutó con el segundo novillo la «uerte» de D. Tancredo, sin que el animalejo llegara á embestirle.

El éxito del experimento entusiasmó á la concurrencia y valió al famoso *Garruso* una ovación.

Zaragoza.—Dice nuestro estimado colega *El Ohiquero*: «Nos consta que uno de los novilleros que trata la empresa de nuestra ciudad de presentar en la novillada del día 14 de Abril, es *Palomar chico*, á quien hay deseos de ver.»

Cartagena.—Por si no bastaba con el «auténtico», su imitador D. Sebastián, de Barcelona, su émula de Castellón y *Garruso* el de Valencia, ya tenemos un nuevo «don Tancredo» que con gran éxito ha realizado el consabido maravilloso experimento.

Véase lo que dice *El Noticiero de Cartagena*:

«En la plaza de toros hizo ayer su «experimento» un D. Tancredo en miniatura» que por la serenidad que demostró fué aplaudido en distintas ocasiones.

Llámase el «diminuto hombre de piedra» José Tonda y varias veces vistió el traje de «luces» ansioso de conquistar aplausos y dineros; pero siempre la suerte le fué adversa, y ayer tuvo suficiente valor para colocarse vestido de blanco encima de un pedestal en los medios de nuestra «mezquita» taurina, á esperar la acometida de un «bravo toro», de gran romana y excelente tipo, que era tuerto del derecho y reparao del izquierdo.

El competidor del auténtico Tancredo, «vino, vió y verció».

El astado quedó «fascinado» ante la estatua, y huyó como alma que lleva el diablo.

El «hipnotizado», después de ejecutar su arriesgada, difícil y asombrosa suerte, se refugió en el callejón, de donde salió para clavar á la res un par de rehiletos.

Otro «torero» quiso poner un par y fué revolcado.

El *Lavatio*, demostrando deseos de agradar, toreó al bicho para despacharlo de una estocada que se aplaudió.

El público abandonó la plaza satisfecho del resultado de la fiesta.

En lo sucesivo, será oportuno preguntar cada domingo: —¿Dónde nos «tancredizan» hoy?

Los aplaudidos banderilleros *Blanquito* y *Moyano*, han entrado á formar parte de la cuadrilla de José García, *Algabeño*.

En la de Emilio Torres, *Fombita*, han ingresado los diestros *Faqueta* y *Rodas*.

Según noticias, que nos merecen crédito, en Montecarlo (Mónaco), se está construyendo una plaza de toros.

Como se ve, la campaña de los «abolicionistas» va produciendo excelentes resultados... para la afición taurina.

El aplaudido matador de toros, Nicanor Villa, *Villita*, ha sufrido una grave cogida en la plaza de Saltillo (México).

Mucho celebraremos que el valiente *maño* cure pronto, para reanudar la serie de sus legítimos triunfos.

Tetuán de las Victorias.—Nos aseguran que la empresa de esa plaza de toros, al saber que las reses compradas al ganadero D. Amalio Martíá estaban toreadas, ha dispuesto que vayan al matadero, antes que endosarlas á ningún torero, conociendo esa circunstancia.

Mírense en ese espejo los muchos empresarios sin conciencia que abundan por ahí.

La cuadrilla del arrojado matador de toros ovetense Miguel Báez, *Litri*, ha quedado constituida por los picadores *Cerrojas* y *Chanito* y los banderilleros *Bolo*, *Leal* (Simón), y *Mejía*.

La explotación de la plaza de toros de Bilbao, durante los meses de Marzo, Abril, Mayo y Junio próximos, ha sido concedida al inteligente aficionado D. Julián Olaya, mediante la cantidad de 16.500 pesetas.

Portugal.—En el pueblo de Azambuja está terminándose la construcción de una nueva plaza de toros,

cuya inauguración se efectuará en el próximo mes de Junio.

Vayan tomando nota—y quina—los taurófilos «del mager».

Francia.—Durante la próxima temporada, se efectuarán en la plaza de Barleos cinco corridas de toros y varias novilladas.

Los diestros contratados son: para las primeras, *Quinito*, *Fuentes*, *Bombita*, *Conejito*, *Algabeño*, *Guerrero*, *Montes*, *Bombita chico*, *Lagartijo chico* y *Machaquito*; y para las novilladas, *Morenito de Algeciras*, *Revertito*, *Chicuelo*, *Cocherito de Bilbao*, *Moreno de San Bernardo* y algunos más no designados todavía.

Bibliografía.—Hemos recibido el cuaderno 88 del importante *Diccionario Popular Enciclopédico de la Lengua Española*, que se publica en Madrid y que tanta aceptación ha tenido en toda España. Contiene cada cuaderno de 500 á 600 voces, definidas sintéticamente, pero con la extensión necesaria para su comprensión, y claro está que siendo una enciclopedia ilimitada, no hay cuaderno que no traiga algo nuevo y algo que satisfaga todas las aficiones y todos los gustos.

Tan importante obra se publica semanalmente, siendo su precio 80 céntimos cuaderno.

Los pedidos á D. Pedro García, Madera, 12 (Apartado Correos 259).

IMPORTANTE

Tenemos de venta colecciones de los años I, II, III y IV (1897, 1898, 1899 y 1900) de esta publicación, encuadradas con magníficas tapas en tela, al precio de 10 pesetas (las del primer año) en Madrid, 11 en provincias y 15 en el extranjero; y 15 pesetas (las del segundo, tercero y cuarto año) en Madrid, 16 en provincias y 20 en el extranjero.

Las tapas, sueltas, de cada uno de los años citados, se venden á 2 pesetas en Madrid y 2'50 en provincias.

También tenemos de venta ejemplares de nuestros números *Fin de siglo* y *Almanaque*, al precio de 20 céntimos ejemplar en toda España.

Los pedidos á los Sres. Corresponsales, ó directamente á esta Administración.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe en libranza del Giro mutuo ó letra de fácil cobro.

Agente exclusivo en la República Mexicana: **Valentín del Pino, Espalda de los Gallos, 3, México** Apartado postal 19 bis
Agente exclusivo en el Perú: **LA JOYA LITERARIA** de J. Boix Ferrer, Portal de Botoneros, 48 y 50, LIMA (Apartado 69), y en la sucursal de **AREQUIPA**, Mercaderes, 72.

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

SOL Y SOMBRA

SEMENARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

DIRECTORES PROPIETARIOS:

D. Ginés Carrión.—D. Juan P. Carrión.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2,50 pesetas — Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente ó atrasado, 20 céntimos en toda España.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Administración de este semanario, Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, 5, y principales librerías de Madrid.

Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes.—Pago adelantado.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

Colecciones encuadernadas con magníficas tapas en tela.

AÑO I (1897)

AÑOS II, III y IV

10 pesetas en Madrid.
11 » en provincias.
15 » extranjero.

Cada tomo:
15 pesetas en Madrid.
16 » en provincias.
20 » extranjero.

Tapas en tela para la encuadernación de este semanario.

Su precio: 2 pesetas en Madrid.—2,50 en provincias.—3,75 extranjero.

Para mayor claridad, será muy conveniente, y así lo encarecemos, que al hacer los pedidos de tapas ó colecciones, indiquen con precisión del año que se desean.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe, en libranza del Giro mutuo, ó letra de fácil cobro.

Toda la correspondencia al Administrador de este semanario.

Magníficos retratos (gran tamaño)

DE LOS CÉLEBRES DIESTROS

Luis Mazzantini, Rafael Guerra (Guerrita),⁽¹⁾
Antonio Reverte, Antonio Fuentes⁽¹⁾, Emilio Torres (Bombita),
José García (Algabeño), Antonio de Dios (Conejito),
Rafael Molina (Lagartijo chico) y Rafael González (Machaquito).

Dichos retratos, esmeradamente estampados en magnífica cartulina «Couché», llevan al pié los autógrafos de los citados diestros y se expenden en la Administración de este semanario á los siguientes precios:

Madrid, 1 peseta ejemplar.—Provincias, 1,25.—Extranjero, 1,50.

(1) De este diestro tenemos á la venta un retrato en busto y traje de calle, y otro de cuerpo entero (último que se ha hecho con traje de luces). Rogamos á nuestros favorecedores que al hacer los pedidos indiquen con precisión el que desean.

SE VENDEN

los clichés publicados en SOL Y SOMBRA, todos originales y en perfecto estado, á los precios siguientes:

Fotograbados á la mancha. 6 cénts. centímetro cuadrado.
» á pluma..... 4 » » »

El importe de cada cliché se obtiene multiplicando la parte más ancha del dibujo por la más alta, en centímetros

Los pedidos deben venir acompañados de su importe, fijando claramente el número y página de este semanario en que se haya publicado el dibujo que se desee.

Los encargos al Administrador de SOL Y SOMBRA, Santa Isabel, 40, Madrid.

